

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

virtualización no consiste solamente en “posicionarse” contra ella. El periodista debe operar una revolución en su seno [...] Hoy en día es necesaria una ruptura de este tipo para resistir a la abrumadora dominación del mundo espectacular de la comunicación. El debate está abierto, y no parece que vaya a tener una respuesta en el corto plazo.

Santiago M. Alles

La Sociedad Multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros.

de Giovanni Sartori

Madrid, 2001, Taurus, 140 págs.

Ciertamente, la problemática que consigo han traído los fuertes flujos inmigratorios vistos en Europa en los últimos años ha despertado una relevante e intensa polémica en aquellas sociedades. Y el ambiente académico no se podía mantener aislado de tal contexto. Así, con su último libro, el notorio politólogo italiano Giovanni Sartori levanta el guante en un breve ensayo.

Pero lo más sorprendente no es ver a Sartori poner la lupa del análisis en un tema neurálgico en las sociedades actuales como es la inmigración, sino ver que un hombre de tales credenciales democrático liberales ataque con la ferocidad que él lo hace la idea de multiculturalismo, cuando las modas aconsejarían (al menos) condescendencia sin prestar atención a consecuencia alguna. Sin embargo, este ataque desde ningún punto de vista significa cuestionamiento o flaqueza alguna en el ideario democrático, desde el momento en que, con saludable agudeza, contraponen la tolerancia y el pluralismo al multiculturalismo.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Cualquiera podría preguntarse: Pero, ¿desde cuándo estos conceptos son contradictorios en sí mismos? Y la pregunta no es banal, ya que la asociación del concepto de multiculturalismo con el de democracia se ha arraigado de tal manera que pareciera encontrarse muy próximo lo uno de lo otro. Por una parte, el pluralismo sostiene que la diversidad y el disenso son valores que enriquecen al individuo y también a su ciudad política. Así, la noción de pluralismo vino a revertir la vieja idea que predica que la diversidad es la causa de la discordia y los desórdenes, mientras la unanimidad es la raíz de la fortaleza de los Estados. Esta idea, que se remonta a las antiguas polis griegas, se volvió cada vez más sospechosa y, ya en la modernidad, surgió en la escena un sistema político de concordia *discors*, de consenso enriquecido y alimentado por el disenso, por la discrepancia. Pero cuando el pluralismo como concepto ingresa en el léxico político del siglo veinte, se confunde con lo que es sencillamente plural, desconociendo los antecedentes del término. Por otra parte, aparece en el tablero la noción de tolerancia. Y ella no supone relativismo e indiferencia, sino que supone las nociones de consenso y comunidad: uno se da sobre un punto determinado y limitado, mientras que la otra (entendida, tal como dice Sartori, como un *identity marker*) parte del sentimiento de pertenencia, de la diferenciación entre nosotros y ellos.

¿Dónde entran en colisión multiculturalismo y pluralismo? Si el multiculturalismo es entendido de tal forma que se lo somete a los criterios del pluralismo, el mismo no presenta riesgos para la sociedad democrática y es incluso positivo. Pero, en la actualidad, tal como lo remarca Sartori, el multiculturalismo es entendido desde una tradición intelectual (marxista) diferente a la que concibió a las democracias modernas, según la cual se rechaza el reconocimiento recíproco propio del pluralismo y se hace prevalecer la separación por sobre la integración. Pero, todo esto se ve agravado porque bajo esta denominación se engloban fenómenos que poco tienen que ver con lo cultural; hoy, para

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

estas corrientes, cultura es todo, incluso el sexo y la etnia. Estas posturas, partiendo del supuesto de que las minorías (por el sólo hecho de ser tales) se ven oprimidas por las mayorías, reclaman el reconocimiento por parte de los demás sectores de la sociedad a partir de la cualitativa igualdad que existiría entre las diferentes muestras culturales, pero este reconocimiento es sensiblemente diferente de la *affirmative action*: mientras ésta discrimina con la pretensión de borrar las diferencias, aquélla discrimina para diferenciar. Así, aquellos grupos o segmentos culturales artificialmente generados son luego separados los unos de los otros, aislándolos en guetos y transformando en reales identidades potenciales; el problema es que de esta forma se arruina la comunidad pluralista. De esta forma, mientras que el pluralismo reconoce la diversidad en la sociedad y la tolera, el multiculturalismo la produce en un laboratorio y la conserva en el aislamiento.

Por este camino, Sartori concluye su análisis recordando que, una vez que desaparece la igualdad, la ley se reduce en arbitrio y la ciudadanía desaparece. El multiculturalismo sostenido por algunas corrientes sería, entonces, nada más y nada menos que el fin de uno de los tres grandes ideales de la Revolución Francesa. Pero esto no es sólo una cuestión de principios. El multiculturalismo destruye la heterogeneidad de las sociedades pluralistas y las reemplaza por la homogeneidad de grupos aislados e inconexos, sacando al pluralismo del medio. Y esto se torna explosivo cuando los grupos que se ven inmersos en este proceso diferenciador presentan diferencias cosmovisionales difíciles de compatibilizar (como son, por ejemplo, algunos grupos islámicos recién llegados al continente europeo). Este puede ser el primer paso para la balcanización de toda Europa si, tal como indica Sartori, no se hace uso de las herramientas necesarias para integrarlos.

Santiago M. Alles